

Artículos

Las encuestas de opinión pública y el proceso de democratización salvadoreño

José Miguel Cruz Alas
Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP)

Resumen

El presente artículo recoge los elementos de las encuestas de opinión pública que pueden ser útiles para el proceso de democratización en el cual se encuentra actualmente El Salvador. Para ello se contextualiza la situación de la opinión pública en el país, así como también el proceso de transición luego de la firma de los acuerdos de paz. Se concluye señalando que el valor de las encuestas radica en que permiten el fortalecimiento de la opinión pública salvadoreña y con ello abren canales de expresión ciudadana, promueven el debate y la discusión de los problemas sociales y reintegran la conciencia colectiva salvadoreña.

1. Introducción

Se dice que la existencia de las encuestas de opinión pública es concomitante a las sociedades democráticas o que se encuentran en proceso de democratización. Sin embargo, poco se habla de la relación que existe entre las encuestas de opinión pública y la democracia, y, sobre todo, del impacto de aquéllas en la constitución de ésta; sobre la manera en que los sondeos de opinión pública — cuando son bien realizados— contribuyen a la democratización del país.

Este artículo tiene por objeto revisar la forma en que los sondeos de opinión pública pueden contribuir específicamente al proceso de democra-

tización y reconciliación en que se encuentra El Salvador actualmente, así como, de paso, recordar la manera en que éstos pueden resultar contraproducentes para el mismo. Lo que sigue a continuación pretende, por tanto, hacer ver que las encuestas de opinión pública no son buenas o malas por sí mismas, sino en la medida en que logran o impiden la creación de los espacios para que la población pueda participar de la construcción de la sociedad que es beneficiosa o justa para todos (o al menos la mayoría).

Para ello, haremos un breve repaso de la historia de la opinión pública en El Salvador, así como del proceso de transición luego de la firma de los

En una época electoral, las encuestas de opinión pública permitirán a propios y extraños entender el contexto político y psicológico en el cual la decisión del voto va a ser tomada... y, de esa forma, comprender el apoyo o desaprobación hacia determinados candidatos.

acuerdos de paz, los cuales marcan la oportunidad para la instauración de la democracia en nuestro conflictivo país. Finalmente, analizaremos los aspectos por medio de los cuales los sondeos de opinión pública pueden ser convenientes para el proceso de democratización salvadoreño.

2. La opinión pública salvadoreña

Si se ha dicho que la opinión pública es concurrente a un sistema democrático, se debe aceptar la idea de que la opinión pública salvadoreña no ha jugado, en principio, el papel que le corresponde como en otros países de la cultura occidental.

En El Salvador, la reiterada presencia de gobiernos militares, pro-oligárquicos y unipartidistas limitó sistemáticamente la aparición y divulgación de pensamientos e ideas que discreparan con el sistema de pensamiento oficial, sistema que, en su conjunto, buscaba la legitimación de una realidad que era desfavorable para las mayorías y muy ventajosa para las minorías en el poder. Así, los dos pilares que sostienen un sistema de libre pensamiento y opinión brillaban por sus ausencia: la prensa libre (los medios de comunicación) y los sondeos o encuestas de opinión. Veamos rápidamente la situación de cada uno de ellos en el contexto salvadoreño.

2.1. Los medios de comunicación

Los medios de comunicación juegan un papel importante en el proceso de formación y divulgación de la opinión pública. Ellos tienen la facultad de hacer públicas y de transmitir aquellas valoraciones sobre la realidad común a todos los integrantes de una sociedad; los medios de comunicación convierten las ideas de patrimonio privado en dominio de todos, al mismo tiempo que las modifican y las institucionalizan socialmente (ver Rivadeneira, 1984). En la medida en que la sociedad crece y se complejifica, el rol de los medios se

vuelve más preponderante; las actitudes, creencias, pensamientos y opiniones de los integrantes de una sociedad ya no sólo se forman a partir del contacto personal y cotidiano con los semejantes, sino que se configuran con la decidida influencia de un complejo proceso de catalización establecido por los medios de comunicación y la prensa.

Así, no es atrevido decir que en las sociedades latinoamericanas de este siglo, y en concreto la salvadoreña, sin los medios de comunicación y la prensa no existiría la opinión pública tal y como la conocemos. No obstante, es necesario decir también que la presencia de medios de comunicación en una sociedad no asegura la existencia de una opinión pública auténtica y constructiva. En la medida en que los medios de comunicación sean vehículos y gestores de una prensa libre, en esa medida habrá la posibilidad de que una sociedad cuente con una opinión pública genuina. Lamentablemente, en el caso salvadoreño esto no se ha dado, sino hasta a mediados de la década pasada (ver Martín-Baró, 1990).

Durante mucho tiempo, las instancias que tenían el poder de informar, formar y orientar la opinión pública estaban en manos de algunos grupos poderosos y privilegiados, obviamente al servicio de los intereses del gran capital y de la dictadura militar que durante más de sesenta años gobernó al país. De tal manera que lo que llamamos opinión pública se formaba en virtud de los intereses de estos pequeños grupos de poder económico y militar. El ciudadano común y sobre todo el que difería con las opiniones que divulgaban los medios, tenía muy poca oportunidad para acceder a los mismos y para dar a conocer su posición al resto de ciudadanos. La ausencia de noticieros de televisión, aún cuando ésta se encontraba en pleno desarrollo comercial, la extrema y poco objetiva parcialidad de los principales periódicos del país y la sistemática censura a las noticias que no se correspondieran con la "historia oficial", asegura-



ban la existencia de una opinión pública pasiva, ajena y negadora de los acontecimientos nacionales.

Cuando algunos sectores decidían expresar lo que pensaban acerca de los procesos y coyunturas sociales y políticas o sobre aquello que afectaba a la misma población, no había forma de hacer llegar su planteamiento a la conciencia nacional y mucho menos para proponerlo públicamente. Lo que pensaba y sentía buena parte del pueblo salvadoreño fue negado históricamente y estructuralmente, para privilegiar lo que pensaba la minoría. Como bien lo afirma Ignacio Martín-Baró (1990), los medios de comunicación se encargaban de difundir y de presentar una imagen de la realidad tanto objetiva como subjetiva (en términos de valores y creencias) que no correspondía con lo que realmente sucedía en el país. Esto creaba una ruptura psicológica entre lo elaborado por la propia experiencia y lo percibido a través de los medios de comunicación. Tal separación derivaba en una opinión pública, si se puede llamar así, que no era más que el resultado de una sumatoria de muchas opiniones confusas y contradictorias acerca de la realidad, y que poco tenían que ver con los problemas y preocupaciones cotidianas del salvadoreño común.

En la década de los ochenta, el conflicto armado salvadoreño y los esfuerzos estatales para promover cierta imagen de apertura política (como parte de un plan contrainsurgente) posibilitaron la creación de ciertos noticieros televisivos, dieron mayor espacio a los sistemas informativos radiales y permitieron la fundación de medios alternativos de información; esto redundó en una relativa libertad en la divulgación de sucesos y opiniones, contribuyendo lentamente a una opinión pública más dinámica y menos aprisionada por el poder estatal (Martín-Baró, 1990). Ello no dejó de causar irritación en la esferas gubernamentales y como parte del mismo conflicto se utilizaron los medios de comunicación para desarrollar la llamada "guerra psicológica" que bajo un contexto de polarización perseguía "crear un estado de opinión pública favorable a su (particular) proyecto político y, en el peor de los casos, crear imágenes que pudieran ser difundidas como prueba de ese estado de opinión pública" (*idem*, pág. 1084). En esta situación, los medios informativos tenían que hacer un gran esfuerzo para evitar sucumbir ante las presiones de los bandos en conflicto que intentaban manipular la información a su favor y no ser acusados de favorecer a alguno de los adversarios.

A pesar del espacio logrado por los medios de

comunicación, éstos no lograban recoger las actitudes y pensamientos de todos los salvadoreños; primero porque para algunos, ello no constituía noticia y segundo porque debían conformarse con aquellos mensajes que no pusieran en peligro su precaria situación en la sociedad. Los salvadoreños se encontraban frecuentemente ante un cúmulo de mensajes contradictorios sobre los cuales debían formar su opinión y, la mayor parte de las veces, guardársela. No existían, entonces, mecanismos por medio de los cuales los ciudadanos conocieran lo que pensaban los demás (que probablemente era similar) como tampoco formas en las cuales la población hiciera llegar de forma más directa su opinión sobre lo que estaba sucediendo en el país. Así las cosas, el desarrollo de la opinión pública era difícil, aunque con mayor posibilidad que en el pasado. Era necesario contar con el recurso de la consulta pública, y no nos referimos a las elecciones.

2.2. Las encuestas de opinión pública

Según Monzón y Dader (1990) las encuestas de opinión son un modo de obtener opiniones, actitudes y valoraciones a través de mediciones cuantitativas de un grupo de personas (muestra) que pretende ser representativo de un universo mayor (población) dentro unos márgenes de error controlados (probabilidad). Estas suelen dar un panorama aproximado de lo que piensan los integrantes de una sociedad en un momento concreto de la historia.

Para muchos, los sondeos de opinión pública constituyen el método más cercano para conocer la opinión de una sociedad; es más, para otros las encuestas o sondeos son sinónimo de opinión pública. Ningún pensamiento puede estar más errado que el anterior. Efectivamente, las encuestas de opinión pública son parte de lo que constituye la opinión pública, pero no lo es en su totalidad. No hay que olvidar el papel que por el otro lado juega la prensa en la formación y en la existencia de la opinión pública. Como ya se dijo al inicio, los sondeos tienen presencia plena en regímenes democráticos, pero no son los artífices de la opinión pública. Las encuestas, sin embargo, no sólo recogen la opinión pública de una sociedad, sino que

en la medida en que aquéllas son difundidas pueden llegar a modificarla.

Cuando George Gallup publicó su libro *El pulso de la democracia*, en 1937, sostenía que las encuestas complementarían el trabajo de las elecciones, proporcionando una lectura constante de la opinión pública sobre los temas políticos entre una elección y otra (Lund, 1993); sin embargo, no parecía muy consciente del efecto de los sondeos sobre la opinión pública misma. De hecho, en un contexto como el estadounidense, donde las instituciones democráticas estaban ya sólidamente establecidas, el apareamiento de las encuestas era visto de una forma más bien unidireccional: para medir la evolución de lo que ya estaba dado. Cuando Martín-Baró fundó el primer instituto de sondeos de opinión pública en El Salvador buscaba ir más allá, no sólo perseguía registrar la incipiente opinión pública salvadoreña, sino que sobre todo buscaba incidir en la formación de un pensamiento social haciendo que los salvadoreños se vieran a sí mismos y a su sociedad en sus propios términos como una forma de promover el cambio (Lund, 1993) a partir de la misma percepción de la realidad salvadoreña.

¿Cómo surgen los sondeos de opinión pública en El Salvador? Las encuestas de opinión aparecen posibilitadas de la misma forma que la prensa libre en este pequeño país centroamericano.

Los primeros sondeos sistemáticos de opinión pública se dan entre los años 1983 y 1985. En ese entonces, la Agencia de Información de Estados Unidos divulgó una serie de informes de encuestas realizadas por un empresa costarricense en diversos países de Centroamérica, en los cuales, entre otras cosas, se decía que los salvadoreños aprobaban por amplio margen la ayuda militar en El Salvador (USIA, 1983). Este tipo de información era usada para justificar la política exterior estadounidense hacia Centroamérica. El vecino del norte buscaba una solución militar al conflicto salvadoreño y las encuestas eran parte de la estrategia.

En plena mitad de la guerra, en 1986, la Universidad Centroamericana de El Salvador fundó el primer instituto de opinión pública, el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP), bajo

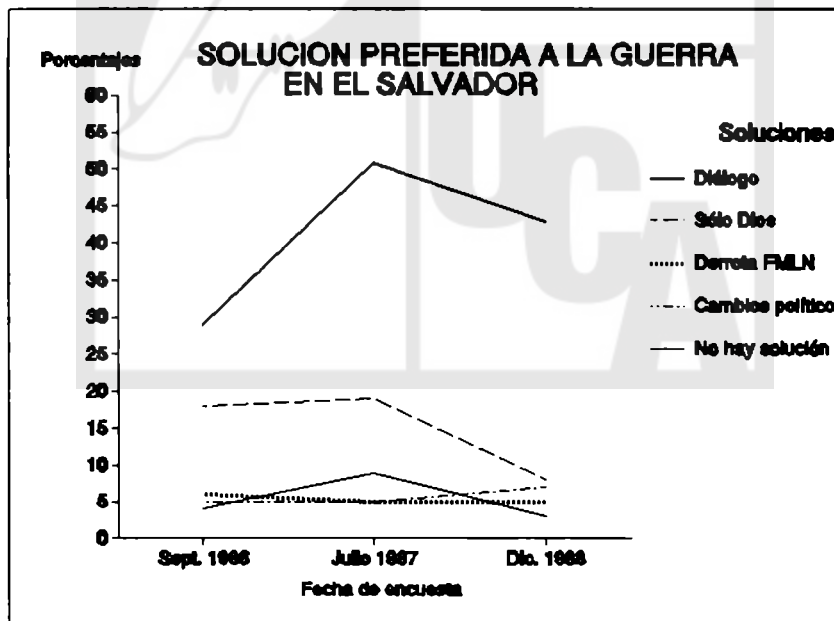
la jefatura de Ignacio Martín-Baró. Con la fundación de este instituto, la UCA buscaba responder a la necesidad de conocer y comunicar el pensar y el sentir de la población, el cual seguía siendo manipulado por la propaganda de los bandos en conflicto. En ese momento, todos hablaban en nombre del pueblo salvadoreño, de lo que quería o necesitaba, pero ninguno se había tomado el tiempo de preguntarle. En estas circunstancias era fundamental preguntar al mismo pueblo salvadoreño su opinión sobre las cosas que le afectaban cotidianamente. Así, el IUDOP se creó con una importante función desenmascaradora que mantiene hasta la actualidad (Cardenal, 1993).

En el mismo período, ciertas compañías extranjeras de investigación comenzaron a realizar sondeos sociopolíticos dentro de sus encuestas "ómnibus". Tales encuestas eran utilizadas por distintas organizaciones, sobre todo por el gobierno de turno para defender sus políticas en materia económica y social. Las encuestas, empero, no eran divulgadas de una manera técnica (Martín-Baró, 1989) por lo que no quedaba muy clara la procedencia y la forma en que habían sido obtenidos esos datos.

Paradójicamente, las encuestas de opinión pública y su divulgación fueron permitidas en la década pasada porque para quienes conducían el curso de la guerra, su existencia les servía como argumento para legitimar formalmente la democracia que decían defender. La existencia de las encuestas mostraba la "realidad" de un sistema de libertades que a los que detentaban el poder les interesaba mucho proyectar. Sin embargo, en la medida en que fueron surgiendo los resultados de las encuestas realizadas de manera responsable, fueron apareciendo a la luz pública nacional e internacional, el régimen de restricciones y condiciones reales en los cuales vivía la población salvadoreña (ver Martín-Baró, 1989). Las encuestas pusieron al descubierto la precariedad del sistema político y su carácter tan sólo formal, el alejamiento estructural entre los intereses de la población y los que la gobernaban y veían en la guerra la única solución posible.

Por ejemplo, encuestas realizadas entre 1986 y 1988 mostraron que en plena vigencia de la guerra, la mayoría de los salvadoreños veía al diálogo como la mejor solución posible al tema de la guerra (ver Figura 1; IUDOP, 1987, 1989).

Figura 1



Como parte de la situación general del país, las encuestas del IUDOP crearon reacciones violentas entre algunos sectores de la sociedad, sobre todo, de parte de los más interesados en mantener inamovible el sistema político salvadoreño. Desde entonces comenzaron las declaraciones y ataques que buscaban deslegitimar los resultados de las encuestas y restar validez a su contribución en el ámbito sociopolítico. Estas actitudes mostraban una disposición muy pobre de parte de los políticos en interesarse y entender los pensamientos y preocupaciones de sus conciudadanos. Los datos que indicaban los principales problemas que afrontaba El Salvador y sus ciudadanos (ver Figura 2) eran, por lo general, obviados. Aún en estos días, este tipo de resultados son dejados de lado para prestar mayor atención a los informes que muestran tendencias partidistas en la contienda electoral.

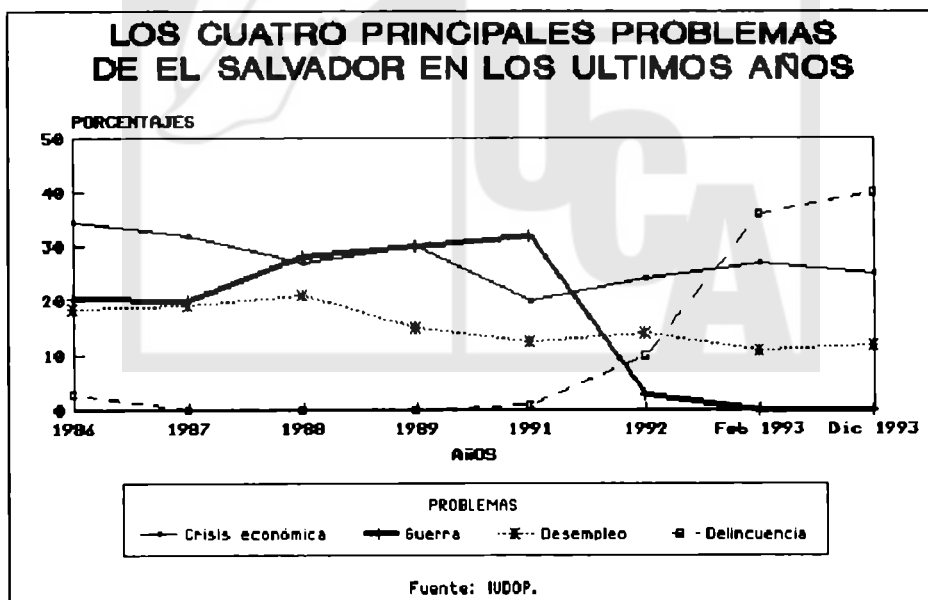
Precisamente, las reacciones frente a los sondeos se vuelven más viscerales en las temporadas pre-electorales, cuando en los sondeos de preferencias electorales no aparecen favorecidos por la población algunos candidatos y partidos.

No obstante y a pesar del penoso proceso de

implantación de las encuestas de opinión en El Salvador, éstas han mostrado que acerca de la opinión pública salvadoreña se puede decir lo siguiente: el deseo de la gente en dar a conocer sus puntos de vista; a pesar de lo anterior, la existencia de un alto grado de temor de opinar entre los sectores más desposeídos del país; el elevado nivel de conciencia sobre la problemática del país, y la diversidad de opiniones que poseen los salvadoreños, contraria a ciertos intentos por estereotiparla (Martín-Baró, 1989, pp. 5 y 6).

Los sondeos de opinión pública realizados eficiente y responsablemente pueden, y de hecho lo hacen, contribuir a la formación de una opinión pública más constructiva para la misma sociedad salvadoreña. Cuando se habla de la relación entre las encuestas y los procesos democratizadores como lo hacemos aquí, se debe entender que nos referimos a las encuestas en tanto que formadoras y agentes de desarrollo y cambio de la opinión pública. Como veremos más adelante, unos sondeos que sólo se constituyen en una sumatoria pasiva de opiniones individuales, sin mayor vínculo con los procesos sociales que imperan en la reali-

Figura 2



dad, no pueden colaborar a la democracia.

3. La democratización salvadoreña

Si tuviéramos que buscar semánticamente un sinónimo a la actual situación salvadoreña, probablemente el más indicado sea el de "proceso". Y como proceso, no es posible hablar de democracia, sino de democratización. Efectivamente, bajo el derrotero de los acuerdos de paz que pusieron fin a la guerra civil, El Salvador se encuentra ahora dentro de una dinámica en la cual aspira llegar a cierto grado de democracia; es decir, pasar de un nivel de democracia formal contemporáneo a un nivel de democracia real futuro. Lo anterior quiere decir que no es posible aceptar que nuestro país se encuentra en total democracia a causa del compulsivo número de elecciones durante la década pasada. Éstas sólo dieron legitimidad a un sistema que promueve escandalosamente la desigualdad económica, militariza la sociedad, ignora la justicia y sostiene la impunidad. Los acuerdos de paz no sólo se plantearon la formalidad del fin del enfrentamiento sino que, entendiendo que éste era producto de aquellos aspectos, los acuerdos de paz se concibieron precisamente como la oportunidad para cambiar el sistema para la vigencia plena de la democracia. Esto ha hecho del proceso salvadoreño el único de su naturaleza en el hemisferio. De hecho, no se trata de volver a un estado de democracia que nunca ha existido, sino que se procura alcanzar por primera vez un régimen de tal naturaleza.

Sin embargo, dos años después de la firma de los acuerdos de paz, la situación social, política y económica del país no parece evolucionar de la mejor manera y la democratización parece aún el camino de una utopía. A pesar de que los combates, los bombardeos y los sabotajes son cosa del pasado, el país no puede jactarse de estar viviendo los momentos más gratos de su historia. El angustiante aumento de la inseguridad civil vinculado a la delincuencia; el alto costo de la vida, el desempleo originado por la ausencia de soluciones prácticas al fin de la guerra y la consecuente po-



breza, son ejemplos prácticos de la debilidad del proceso salvadoreño.

Si bien aquellos problemas parecen preocupar a la mayoría de los ciudadanos salvadoreños (ver IUDOP, 1993a, 1993b), la falta de soluciones útiles brilla por su ausencia. En parte porque no se han llegado a desarrollar los mecanismos acordados en la negociación y a cumplir a cabalidad los acuerdos. Efectivamente, éstos sólo han logrado legitimar la participación formal de todos los grupos políticos del país (con ciertas dificultades), pero no han logrado cambiar sustancialmente ciertas estructuras que son esencialmente dañinas para el proceso de democratización salvadoreño. Tristes ejemplos de ello son el fracaso del foro de concertación económico social, que ha mostrado la incapacidad del sistema para permitir que la población participe en la gestación de soluciones sin enfrentarse a la clase gobernante y, o al poder económico; la indiferencia o rechazo de las autoridades frente a las recomendaciones de la Comisión de la Verdad que, contrariando la opinión de los salvadoreños (ver Figura 3), se han querido desvalorizar y dejar en el olvido; y, la posterior renegociación de algunos aspectos de los acuerdos a cambio de beneficios, lo cual limita la ejecución de los mismos.

Relacionado con esto se encuentra el problema de la reconciliación. Sin los mecanismos de vigilancia y respeto de los derechos humanos, del debate sobre el problema socio-económico y de li-

bertades y oportunidades equitativas para todos los salvadoreños, la reconciliación se vuelve remota. Prueba de ello es el renovado ambiente de polarización que está viviendo el país producto de la campaña electoral; este ambiente reproduce los esquemas estereotipantes y anti-pacificadores del método de la guerra psicológica usada durante el conflicto armado.

Bajo esta óptica, si los acuerdos no están teniendo la vigencia que debieran y la reconciliación sólo es nominal, es ilusorio plantearse que las elecciones son el recurso para un cambio que realmente beneficie a todos los salvadoreños. Ya no se trata sólo de preguntarse si las elecciones son realmente libres (ver Editorial *ECA*, septiembre de 1993), sino que, desde una perspectiva muy pesimista, es necesario reflexionar si realmente van a servir para algo. Los comicios probablemente no harán más que relegitimar formalmente un sistema, cuyo problema principal, en términos de democratización, no es la asistencia a votar el día de las elecciones, sino la falta de participación de los salvadoreños en las decisiones que les afectan cotidianamente.

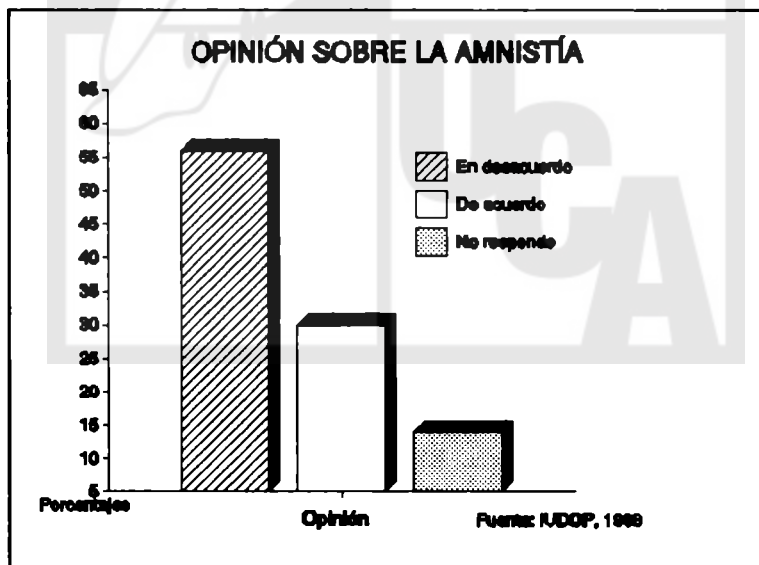
Frente a esta situación, ¿pueden las encuestas de opinión pública contribuir al complejísimo proceso de democratización y reconciliación de un país?, ¿cómo se logra que un sondeo basado en el simple acto de preguntar a cualquier salvadoreño su opinión pueda servir para alcanzar la democracia en un contexto como el salvadoreño?, ¿no será que las encuestas como reproductoras de la conducta electoral en momentos no electorales, terminan también siendo parte de esa validación formal de una democracia no existente?, ¿no es acaso peligroso intentar recoger y divulgar lo que piensan los salvadoreños en un proceso de reconciliación? En esencia, ¿sirven de algo las encuestas de opinión pública en El Salvador?

El próximo apartado responde a estas preguntas y subraya la importancia de las encuestas en el proceso de paz y democratización en El Salvador.

4. Las encuestas de opinión pública y la democratización

Si la opinión pública es el sustento de la democracia y las encuestas recogen tal opinión pú-

Figura 3



blica, los políticos deben gobernar basados en tales sondeos y, por tanto, prohibirlos sería dictatorial. Según Dader (1990), el anterior silogismo, común entre algunos pensadores demoliberales es una falacia, pero obliga a considerar más seriamente el valor de las encuestas en una sociedad democrática. En el caso concreto de El Salvador, ¿cómo se logra que las encuestas realmente contribuyan al proceso democratizador?

Por lo que se ha dicho anteriormente, cualquier esfuerzo de democratización pasa necesariamente no sólo, ni mucho menos, a través de la realización de elecciones con cierto grado de confiabilidad, sino que también por el fortalecimiento de las instancias y de los mecanismos civiles que garantizan una participación más activa de todos los sectores en la realidad nacional.

Así, cuando nos referimos al valor que pueden tener las encuestas de opinión, sobre todo las electorales, para la democratización del país no nos referimos a que éstas pueden constituir una "metáfora de las elecciones", como lo son para algunos. Las encuestas o sondeos pueden ser útiles para la democratización del país en la medida en que puedan cumplir los siguientes requisitos: que sean capaces realmente de recoger la opinión pública de una sociedad, que abran los canales de expresión de la ciudadanía, que promuevan el debate y la discusión de los intereses, problemas y necesidades que afectan a los miembros de una sociedad y, que ayuden a explicar el contexto psicosocial en el cual las personas deciden políticamente sobre su futuro nacional.

4.1. Capacidad de recoger la opinión pública

Puede parecer innecesario mencionar este aspecto, pues se sobreentiende. Sin embargo, su consideración se hace imperiosa porque subraya la importancia de los aspectos técnicos que no muchos están dispuestos a seguir y comprender.

No cualquier encuesta tiene capacidad para recoger la opinión pública de una sociedad. Para que un sondeo sea realmente un sondeo de opinión pública es necesario, en primer lugar, que esté bien hecho. Muchas personas en este país piensan que colocando cierto número de preguntas en una pa-

peleta y ubicándose en una esquina muy transitada de San Salvador, están recogiendo la opinión pública de los salvadoreños. Nada puede ser más peligroso.

El valor de las encuestas de opinión pública proviene de que constituyen un método científico para la recolección de las opiniones de los ciudadanos. Ello lo diferencia de lo que hace cualquier persona que en rueda de amigos o compañeros comenta sobre distintos temas. También lo diferencia del locutor de radio que recoge las opiniones de los oyentes sobre los últimos sucesos coyunturales a través del teléfono. Para que un sondeo de opinión pública sea útil debe considerarse técnicamente el volumen de la muestra, cómo se eligen los entrevistados, cómo se estructura un cuestionario y sus respuestas, las técnicas de análisis y la construcción de modelos a partir de los resultados (Stoetzel y Girard, citados por Monzón y Dader, 1990). Este es el primer paso para recoger la opinión pública.

El segundo paso tiene que ver más con el análisis: la opinión pública no es el simple recuento de frecuencias de las respuestas dadas a preguntas desligadas entre sí, que al final sólo son presentadas como posturas frente a eventos coyunturales. Esto es parte de la opinión pública, pero no puede ser abordada, ni debe serlo, desde una perspectiva fragmentada, donde las representaciones sociales son analizadas fuera de un contexto y de una manera aséptica tal que impide la explicación de la misma. Por tanto, en la medida en que las encuestas puedan mostrar la opinión pública con sus características y su dinámica, en esa medida serán útiles para la propia comprensión de la importancia de los procesos políticos del país y pueden ser una base para la discusión de los temas indispensables para la democracia.

4.2. La apertura de los canales de expresión a la ciudadanía

Una de las características que salta a simple vista de las encuestas de opinión es que dan la oportunidad para que cualquier ciudadano, independientemente de su nivel socioeconómico, su lugar de vivienda o su afiliación política, pueda expresar con sus propias palabras lo que piensa

Su valor mayor radica, entonces, en la capacidad que poseen para abrir canales de libre expresión; para crear espacios de debate y discusión social; para reintegrar la conciencia colectiva, perdida a causa de la injusticia y la mentira estructurales.

sobre las cosas que le afectan a él tanto como a los otros que lo rodean, y que esto pueda ser difundido posteriormente a las clases política y gobernante.

Aunque para algunos autores lo anterior no es más que un "inocente acto de descripción de la realidad" (Dader, 1990, p. 489), la verdad es que en una sociedad como la salvadoreña, cuyos ciudadanos históricamente no han tenido acceso a los mecanismos de libre expresión, cuyos medios de comunicación han estado al servicio de unos pocos y la interpretación de su pensar ha sido groseramente manipulada por los políticos, la presencia de las encuestas representa una oportunidad para "dar voz a los que de otra forma no tienen voz". Esto convierte a las encuestas en un instrumento de igualación entre las élites políticas y los simples ciudadanos, un principio básico de democratización que en sociedades políticamente más avanzadas es algo rutinario, pero no en nuestro país. Con las encuestas, existe la posibilidad de que las opiniones salgan a la luz y, con ello, la realidad subjetiva del salvadoreño común. Realidad que, por lo general, es muy lejana a la de los que gobiernan y disponen del futuro nacional.

Ahora más que nunca, en una etapa de transición, es necesario que la sociedad salvadoreña disponga de todos los mecanismos necesarios para dar a los habitantes la oportunidad de hablar sobre lo que pasa a su alrededor, de criticar el rumbo que se toma, de fiscalizar con su opinión la actuación de sus dirigentes y de expresar el futuro compartido que desean. Ello no quiere decir que debe haber una correspondencia mecánica entre la opinión expresada en las encuestas por la población y la actuación de los gobernantes. De nuevo, no hay que olvidar que las encuestas sólo son una parte del fenómeno que llamamos opinión pública, existen otras instancias las cuales no deben ser sustituidas por los sondeos y que también son parte de la opinión pública. Una de ellas, probablemente la

más importante por la época en que vive el país, es el debate y la discusión de los problemas sociales.

4.3. La promoción del debate social

La importancia de que las encuestas ofrezcan la oportunidad de expresión a los ciudadanos salvadoreños no tiene que ver tanto con la expectativa que al hacerlo los políticos asuman eso como ley de conducta, cuanto porque ello sienta las bases para el necesario debate y discusión de los problemas y de los procesos sociales. En la transición democrática salvadoreña, las encuestas de opinión pública contribuyen a crear una cultura de debate, donde la educación en la libertad de expresión, en la tolerancia ideológica, en la justicia, en el diálogo pacífico y en la verdad sean los pilares de la convivencia ciudadana. Hay que recordar que la transición en El Salvador comienza a partir de un régimen autoritario de muchas décadas, en el cual la prepotencia, la violencia y la falta de participación social y económica han sido los hitos de la tragedia nacional.

Desde la perspectiva de la democratización, las encuestas sirven para poner sobre el tapete los problemas principales que afectan al país y los procesos necesarios para superarlos, haciendo que éstos se vuelvan objeto de discusión y debate público, en donde participan todos los sectores sociales y todas las instituciones que sirven para divulgarlo como la prensa. Pensar que las encuestas deben evitar la discusión de sus hallazgos y esperar que los políticos las sigan ciegamente no sirve de nada al proceso. Eso contribuiría a lo que los teóricos políticos llaman "sondeocracia", pero no a la democracia. La sondeocracia facilita la manipulación de las encuestas para justificar acciones antidemocráticas y busca validar formalmente el sistema, bajo una propagandística ilusión de democracia.

Todo esto nos lleva a considerar que no se tra-

ta de ir tomando el pulso a una democracia ya dada, sino que se trata de contribuir a la formación de una democracia de derecho, permitiendo que la población participe en la construcción de la institucionalidad del país, ofreciendo oportunidades para el debate y presionando para la búsqueda de las soluciones mejores y viables para los problemas más urgentes.

En momentos pre-electorales como el actual, la importancia de las encuestas de opinión pública *no es su cuestionada capacidad para predecir el ganador de las elecciones, como tampoco lo es participar de la "guerra de encuestas" bajo la dinámica de la "carrera de caballos"*; su importancia radica en que obligan a los políticos a discutir y a debatir los problemas y las necesidades de la población, ponen en evidencia lo que no se ha hecho y falta por hacer, y hacen que los futuros gobernantes se comprometan más con todos los sectores, intentando comprenderlos y mejorando sus propuestas. Esto es algo que la mayoría de los políticos y buena parte de la prensa no terminan de entender y aprovechar de las encuestas, al concentrarse en sus aspectos más bien superficiales, pero de mucho impacto divulgativo.

Así, pues, para que la transición salvadoreña siga el derrotero de la democratización se necesita que todos los sectores, sin exclusión, debatan sobre el futuro del país. Las encuestas de opinión pública son el punto de partida para ello.

4.4. La comprensión del propio contexto psicosocial

Una forma más compleja por medio de la cual los sondeos pueden contribuir a la transición surge de la capacidad de éstos para ofrecer una visión refleja y explicativa del contexto psicosocial en el cual se mueven los ciudadanos. Esto tiene dos vías.

Por un lado, las encuestas brindan a la población la posibilidad para que ésta pueda verse a sí misma y en sus propios términos, y no bajo los esquemas de unos pocos interesados en perpetuar las condiciones de desventaja para la mayoría. Esto ayuda a la desideologización del salvadoreño común, haciéndolo consciente de lo que piensa y

de lo que vive, y moviéndolo al cambio.

El proceso de desideologización se origina desde el simple acto de responder ante una pregunta hecha por un extraño y que usualmente no se encuentra entre sus temas de conversación cotidiana, hasta el hecho de darse cuenta que su confusión e indecisión respecto a ciertos temas es compartida por muchos de sus compatriotas. Efectivamente, una persona que tiene actitudes profundamente ambiguas respecto a un objeto social como el gobierno, el sistema de justicia, etc., puede sentirse aislada o confundida por su ambigüedad; sin embargo, una vez que éstas personas ven que forman parte de un grupo grande, no necesariamente la mayoría, sus opiniones, actitudes y valores comienzan a tener un contexto, en el cual su opinión, su actitud y valor pueden ser confirmados o transformarse (Lund citando a Martín-Baró, 1993).

Detrás del "inocente acto" de divulgación de encuestas hay un complejo proceso psicosocial, comparable a la dinámica psicoterapéutica psicoanalítica de externalizar los pensamientos y sentimientos ocultos como el primer paso para el cambio terapéutico.

Por otro lado y relacionado con lo anterior, con la comprensión del contexto social nos referimos también a la capacidad que tienen las encuestas para reintegrar la opinión pública con la experiencia cotidiana de las personas. Pasamos a explicar esto. Lo que durante muchos años (sobre todo en la década pasada) se manejaba como opinión pública no era más que el producto de un esquema explicativo e ideologizante proveniente de minorías poderosas, este esquema intentaba explicar la realidad de una forma falsa y alienante; por ello, esta representación social raramente correspondía a la vivencia cotidiana de la población, generando así un "estado de penumbra perceptiva cuando no de ruptura esquizoide entre vivencia y comunicación, entre experiencia personal y ratificación de sentido común" (Martín-Baró, 1990, p. 1084). Esta situación de doble vínculo, generaba en los salvadoreños una tendencia a la pasividad o de actividad alienante: si los mensajes que llegan del exterior no corresponden con la realidad cotidiana,

una de dos, o la inactividad se impone como recurso de seguridad ante un mundo confuso e ilógico, o se terminaba actuando en función del esquema extraño, enajenando la experiencia personal. Al final, las contradicciones aseguraban la pasividad o la actividad alienante de la población.

Las encuestas de opinión pública permiten que el salvadoreño común reintegre la opinión que se forma a partir de la información social y la opinión que surge de la vivencia cotidiana, complementando en una dinámica menos confusa un cuerpo de actitudes y valores más coherentes y más influyentes en la realidad. Inclusive en una época electoral, las encuestas de opinión pública permitirán a propios y extraños entender el contexto político y psicológico en el cual la decisión del voto va a ser tomada (Bollinger, 1994) y, de esa forma, comprender el apoyo o desaprobación hacia determinados candidatos.

En el grado en que esto suceda, la opinión pública salvadoreña tendrá un carácter democratizador, al permitir que la población tenga una actitud crítica y reflexiva, una participación más activa en su propia historia.

5. Conclusiones

Como se ha visto, las encuestas de opinión pública, un fenómeno nuevo en El Salvador, pueden constituirse en un factor estimulante para el proceso democratizador salvadoreño. Sin embargo, esa cualidad positiva no viene dada intrínsecamente en las encuestas, éstas también pueden resultar muy perjudiciales para sistemas como el nuestro. El punto está entonces en la sabia utilización de las mismas no sólo de parte de quienes las realizan, sino que también de los políticos, la prensa y las fuerzas sociales. Ello implica aprender sobre y de las encuestas de opinión pública para poder entender lo que ellas nos pueden decir y lo que no son capaces de revelar. No hay que olvidar que los sondeos de opinión pública sólo nos permiten tener un panorama transitorio de la realidad subjetiva social con ciertas imperfecciones; su valor mayor radica, entonces, en la capacidad que poseen

para abrir canales de libre expresión; para crear espacios de debate y discusión social; para reintegrar la conciencia colectiva, perdida a causa de la injusticia y la mentira estructurales. Se trata, entonces de lograr que los salvadoreños puedan actuar y ser artífices propios de su propia historia, de su tan lejana democracia y de su necesaria reconciliación.

Referencias bibliográficas

- Cardenal, Rodolfo. (1993). "La encuesta de opinión pública". San Salvador. (Mimeo).
- Dader, José Luis. (1990). "Repercusión política y social de los sondeos de opinión". En Alejandro Muñoz (ed.), *Opinión pública y comunicación política*. Madrid: EUDEMA.
- Instituto Universitario de Opinión Pública (1989). "Las elecciones presidenciales y la oferta del FMLN". San Salvador: UCA.
- Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP). (1993a). "La comisión de la verdad y el proceso electoral en la opinión pública salvadoreña". En *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 537-538, 711-734.
- Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP). (1993b). "Los principales problemas del país. Lo que debe hacer el próximo gobierno". En *Estudio Centroamericanos (ECA)*, 539, 841-854.
- Lund, Daniel y otros. (1993). "From civic culture to popular politic culture". San Salvador. (Mimeo).
- Martín-Baró, Ignacio. (1987). *Así piensan los salvadoreños urbanos (1986-1987)*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, Ignacio. (1989). *La opinión pública salvadoreña*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, Ignacio. (1990). "Los medios de comunicación masiva y la opinión pública en El Salvador de 1979 a 1989". En *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 493-494, 1081-1093.
- Monzón, Cándido y Dader, José Luis. (1990). "Las encuestas y su tratamiento periodístico". En Alejandro Muñoz (ed.), *Opinión pública y comunicación política*. Madrid: EUDEMA.
- Rivadeneira Prada, Raúl. (1984). *La opinión pública. Análisis, estructura y método para su estudio*. México: Ed. Trillas.
- United States Information Agency. (1983). *Public opinion in four countries of Central America (Research report)*. Washington: USIA.